

NUESTRO
CORRESPONSAL
EN EL VACÍO
DIARIOS SIN FECHA

DIMITRI VERHULST

NUESTRO
CORRESPONSAL
EN EL VACÍO
DIARIOS SIN FECHA

Traducción de
Catalina Ginard Féron



«¡Es curiosa la vida... ese misterioso arreglo de lógica implacable con propósitos fútiles! Lo más que de ella se puede esperar es cierto conocimiento de uno mismo... que llega demasiado tarde... una cosecha de inextinguibles remordimientos».

—Joseph Conrad

«La tragedia del hombre moderno no es que sepa cada vez menos sobre el sentido de su propia vida, sino que se preocupa cada vez menos por ello».

—Václav Havel

PRIMERA PARTE

LOUISE:

El viernes por la noche en Fráncfort me abordó una holandesa que no conocía de nada, seguramente alguien del oficio. Me dio la impresión de que llevaba un rato observándome, que sabía quién era y cuando salí del bar para fumarme un cigarrillo vio por fin la oportunidad de quedarse conmigo a solas y charlar. Seguro que se presentó, pero ninguna de mis neuronas retuvo su nombre. De buenas a primeras, me preguntó por qué tenía un carácter tan autodestructivo, y añadió que era una lástima que un hombre con mis talentos se abalanzara de forma tan decidida y garbosa hacia la tumba. No tenía sentido mofarse de su inquietud, pues creo que deseaba sinceramente lo mejor para mí. Me dijo que olía la decadencia en mi aliento y en mi piel. Es posible. Durante unos años, mi padre también empezó a desprender el particular hedor de la decadencia antes de consumirse del todo, y no me refiero a que le apestara la boca a alcohol, cosa que también sucedía. Es la propia muerte la que, en un determinado momento, empieza a jadear por nuestra boca, la que exuda por nuestros poros. Supe a qué se refería la holandesa, conocía esos olores, son los que uno reconoce de inmediato en otra persona, pero no en sí mismo, y aquella mujer tenía razón. Me había pasado una semana bebiendo demasiado, la ginebra había entrado a raudales, y yo había impresionado a algunos de mis compañeros de trabajo con esa incombustibilidad de la que me gusta alardear. Me había saltado una noche de sueño e iba camino de no ver la cama por segunda noche consecutiva. Entonces conseguí un hotel excelente. En

la estación Hauptbahnhof compré mi quinto gramo de cocaína en dos días a un apestoso camello que tuvo que admitir con desgana que me sabía los precios y que me arrastró hasta un sex-shop porque no quería entregarme la mercancía en plena calle. La transacción se cerró entre pajeros y mirones. La estación estaba repleta de patéticos yonquis, criaturas desdentadas y malnutridas, que habían dejado muy atrás el punto de no retorno y estaban dispuestas a chupársela a un hombre para saciar su hambre y a tragarse la lefa más pringosa para conseguir drogas. Hubo un momento en que pensé que se habían estacionado allí adrede, para que yo pudiera verme reflejado en la mirada apagada de sus ojos. Puesto que, por mucho que siguiera paseándome por las calles vistiendo un elegante traje, me consideraban un igual. Los camellos de todas las ciudades reconocen a los de mi calaña, me abordan directamente, no hace falta que intente engañarlos. Los bajos fondos de la gran ciudad ya no desconfían en absoluto de mí, allí estoy en casa. La decadencia carece de normas de etiqueta y los hediondos indigentes lo saben.

¿Y por qué me destruía? Porque ya no tengo nada más que decir. Me he quedado vacío. Todo se ha acabado. Y porque cuestiono sobremanera el talento al que se refería aquella mujer.

Apenas una hora después de la conversación con la preocupada y amable holandesa, me metí en unos aseos con otra mujer —de treinta años y bastante guapa—, no para follar como deberían hacer las parejas en los aseos, sino para preparar dos rayas sobre la pantalla de mi móvil y luego esnifarlas con avidez. Unos aseos con rastros de mierda en el inodoro, tampones arrojados junto a la papelera y condones sin anudar, abandonados en el suelo, que recordaban a las pasiones ajenas, y que ahora se habían convertido en mi refugio. Se suponía que

la fiesta en la que me encontraba, en un barco en el río Meno, molaba. Era sensual, el sexo flotaba en el ambiente, los extraños se comían a besos y yo me aburría. Tres gin-tonics más tarde seguía muerto de asco. Después de la quinta copa, al ver que mi aburrimiento no había disminuido, decidí marcharme a otro bar, el Roomer, en el centro de la ciudad, donde aquella semana ya había pasado unas cuatro noches entre yuppies. Botellas magnum de champán, cócteles para todos los gustos, y unos tipos mafiosos de aspecto imponente y músculos conseguidos a base de gimnasio y anfetaminas que comerciaban con chicas esculturales como si fueran monedas. Por mucho que me metiera en el cuerpo no había forma de emborracharme. Y de pronto me golpeó la sensación de estar roto. Acabado. No me habría importado un carajo palmarla allí mismo. No hubiese sido una gran pérdida, de eso estaba seguro (y lo sigo estando). No sentía autocompasión, solo era consciente de haber alcanzado el cero absoluto. La noche ya no me seducía, ya no había amor por mi parte, y puede que la noche tampoco me quisiera ya a mí.

Se me había roto una papelina de coca en el bolsillo del pantalón y había polvo blanco por todas partes. Mi móvil, mis tarjetas bancarias, mis billetes, realmente todo estaba cubierto de coca. Los mocos me sabían a gasolina, el valor de mercado de mi pañuelo se había disparado. En mi habitación de hotel reuní y corté todas las migajas con mi tarjeta del seguro médico. Una última raya antes de irme a dormir, el colmo del patetismo. Despertarse era del todo superfluo. Aunque no lo admitieras enseguida, habrías sido muy feliz si yo hubiese cerrado los ojos para siempre. Ahora que aún estás dispuesta a llorar un poco por mí.

HE AQUÍ TRES ACTIVIDADES que me muestran el camino hacia la belleza: llenar una pipa, apilar la leña, escribir un poema. Las tres resultan muy agotadoras, siempre que se realicen con total seriedad, pero el ser humano está dispuesto a hacer sacrificios por la belleza. El arte de la pipa no va conmigo. Además, la combinación de pipa y poema es bastante cursi. ¡Desconfiad de los poetas con pipa! Sí, es cierto que durante muchos años corté, partí y apilé mi propia leña, lo cual me produjo un gran placer estético y mucho dolor de espalda. Cuando volví a instalarme en la ciudad, estando tan apegado al olor de un humeante trozo de haya, pedí que me trajeran un palé de leña en cuanto se anunció el impaciente invierno. Una carretilla elevadora dejó los troncos bien secos a pie de calle, tras lo cual no me quedó más remedio que meterlos en casa a toda prisa para minimizar el caos circulatorio en mi estrecha callejuela. Por supuesto, me siento menos viril con estos trozos de leña ya preparados y tengo que satisfacer mis atavismos de otra manera, pero ¿qué puedo hacer? En fin. Mientras almacenaba mis reservas de calor para el invierno, pasó un sintecho por delante de mi casa, y me dijo, en un delicioso acento de Gante que me es imposible reproducir aquí fonéticamente: «¡Caramba, eso debe de haberte costado un mogollón!».

A mí no me parecía tanto, 265 euros por una impresionante cantidad de leña de la mejor calidad, con entrega y todo. Incluso había calculado cuánto me había ahorrado con este pedido, puesto que ponerse manos a la obra con una motosierra y un hacha no es precisamente más barato, y menos aún si se tiene en cuenta el coste de una vértebra nueva. La alegría con la que amontonaba al principio la leña que había comprado con tanta facilidad, se tornó en una especie de vergüenza. Heme aquí, nuevo rico, esnob advenedizo, con una bonita estufa y

una cartera que me permite hacer traer a la ciudad bosques cortados y secos.

Pero no cabe duda de que un sintecho es quien mejor puede expresar el valor del calor.

LOUISE:

Tal vez te haya costado contarme que este verano estuviste besándote íntimamente con Calvin, aunque no hacía falta que me lo confesaras. Lo sabía, me di cuenta. Incluso creo poder decir que me percaté antes que tú de que estaba a punto de suceder. Lo vuestro empezó a forjarse en agosto, cuando estábamos sentados en su jardín. Entonces te toqué y eso te incomodó; no porque mi roce te confundiera y te preguntaras si te quería o no, si todavía te quería en mi vida o no, sino porque al tocarte perturbaba vuestros jugueteos. Aquella noche estabas demasiado alegre, fingías ser más fuerte de lo que eras, enviabas engañosas señales de entusiasmo, pero no iban destinadas a mí. No tengo nada que perdonarte, soy yo quien no te ha dado suficiente amor. He sido frío. Insensible. Infiel. Y tú necesitabas brazos en los que recostarte, como todo el mundo. Por mi parte no hay celos, ese derecho debe serme denegado. Siento mucho que Calvin sea un hombre feo, pero por lo demás lo entiendo: me parece un tipo creativo, vive en una cabaña romántica en un lugar entre maizales, dejado de la mano de Dios, y está alegremente loco. Eso siempre confiere cierto atractivo. Bebe más de lo que hago yo ahora, me gana por goleada con las pastillas y la coca, y sin duda fuma tanto como yo. La verdad es que me he perdido. Si la idea era encontrar a otro vicioso que me susti-

tuyera, creo que con él vas sobrada. Lo que más me duele es lo íntimo de ese beso, porque nunca he tenido ocasión de conocerte como besadora. En la cama no me falta de nada, en absoluto, pero a veces echo de menos los besos. Durante mucho tiempo, logré explicármelo diciéndome que era porque no fumabas. Sé que para ti, mi boca debe de ser un apestoso y podrido agujero, el ano a través del cual se accede al infierno. Me avergüenzo profundamente de mi aliento delante de los no fumadores. Sin embargo, el tabaco de liar barato de Calvin, y su deplorable dentadura, me quitan toda esperanza de que allí dentro, en su hocico, el baile de lenguas sea más alegre. A lo que iba: echo de menos los besos. Ellos, y no los revolcones, me aportan mis dosis de ternura en su forma más pura. No debes temer a la mujer con el cuerpo más hermoso, ni a la que me satisfaga mejor, ¡sino a la que me explora besando y saboreando!

LEER A KNUT HAMSUN no mejorará la cosa, pero estos días echo muchísimo de menos mi viejo bosque a orillas del Méhaigne. El bosque, que nunca había pensado poseer y que, para mi sorpresa, resultó formar parte de la casa en la que vivía entonces. Quizá sea la llegada de noviembre, la estación que se ha colado en mi sistema, mi reloj interno que me ordena salir a pasear y comprobar qué árboles son aptos para ser talados, y cuáles deben ser eximidos para que me sobrevivan con fervor. Soy capaz de cerrar los ojos y pasearme entre las hayas sin equivocarme. No tropezaré con ningún muñón. Conozco la luz, tal como se filtra ahora entre los árboles; el olor de las hojas húmedas que alimentan el suelo. Allí, en estos momentos, los ciervos vuelven a temer por sus vidas, y yo me encogería con

cada disparo que oyera a lo lejos. No me gusta la caza. No me gustan los zoquetes militares con sus fusiles, payasos enfundados en uniformes carnalescos, que celebran sus trofeos muertos con una botella de cerveza una vez que han disparado los cartuchos y la oscuridad se posa como una manta sobre el bosque silencioso. Salvadores del orden mundial, porque la belleza es el mayor enemigo natural del ser humano, por eso hay que abatir a los ciervos a perdigonazos. Sin embargo, yo apreciaba mi soledad en aquel lugar. Si algo no ha escaseado en mi vida es la soledad, pero en ese bosque no me importa estar solo. La emoción de sentir al animal dentro de mí: el momento en que la hoja de la motosierra ha realizado su último corte, la grieta en la corteza, el árbol que renuncia a sus últimos milímetros, se tambalea y por fin se viene abajo. Los latidos de mi corazón en esos momentos, la gloria cuando el mastodonte cae en la dirección correcta. El olor de la gasolina. El estruendo que provoca un árbol que zozobra, el tremendo golpe, todo el bosque que escupe y patalea, lanzándome un estrepitoso reproche a mí, criatura humana, que cree tener derecho a meterse con los bosques porque en invierno necesita calor. Y el sagrado silencio que llega después, como un reproche aún más intenso. Y yo, que cada vez me sentía culpable ante el árbol talado. Yo que quería decirle: «Tuviste que irte para dejar espacio a los demás, tu partida es una buena obra; más tarde me llegará el turno, yo también me marcharé, y todos los que ocupen mi lugar serán mucho mejores».

No lo sé: ¿he sido alguna vez más feliz que en la soledad de aquel bosque? Muchas veces permanecía allí sin hacer nada, me limitaba a estar de pie —como me pasa hoy en día cuando me quedo demasiado tiempo sin hacer nada debajo de la ducha—, escuchando el murmullo del río Méhaigne, el susurro de las

copas de los árboles. Tal vez me faltara un perro, un animal de esos que no me juzgara nunca y que estuviera contento con mi presencia simplemente porque yo era yo.

En uno de mis acaso pésimos libros hice que un hombre se colgara en aquel bosque, precisamente aquel bosque, lo hacía en mi lugar y era un acto de felicidad. Dejé que un personaje de novela ocupara mi lugar porque yo no tenía el coraje de hacerlo, porque tal vez dudara del momento. Menudo idiota fui. Dejé escapar la ocasión.

Nunca pude compartir lo más hermoso de mí mismo con otra persona y ahora, al teclear estas palabras, me considero patéticamente pueril, pero es lo que hay. Lo he compartido con la hierba, la tierra, los árboles, el follaje. En mi pequeño bosque a orillas del Méhaigne. Qué hermoso habría sido desaparecer en su interior, no ser encontrado, convertirme en polvo como se convierte en polvo todo lo que hay allí. Desaparecer en algo más silencioso y grandioso.

TRAS PASAR VARIAS NOCHES SEGUIDAS en blanco por culpa de un miserable dolor de espalda, acabé —por primera vez en al menos diez años— en la sala de espera de un médico de cabecera. La última persona que me clavó una aguja en los brazos fue la severa doctora Gérard con su eterno aspecto militar. Solía explicar lo hinchados que estaban los hígados de los hombres del pueblo y trataba a todos sus pacientes con desprecio. Las vacas preferían ver a un veterinario arremangándose que a una persona como la doctora Gérard. Y puede que una persona también prefiriera ver al veterinario arremangarse.

Después de dieciséis años de no haber estado allí, me presenté en la consulta de mi viejo médico de cabecera de Gante, toda una leyenda. La asfixiante sala de espera estaba repleta, porque este médico es una persona, una de verdad, que no menosprecia a los yonquis, alcohólicos e ineptos que ni siquiera pueden pagarse la visita al médico.

No tenía sentido pensar en el montón de noveluchas que podría haber leído mientras esperaba mi turno; el tiempo se dedicaba a lo suyo y avanzaba, ya no hay libros en las salas de espera, ahora hay un televisor. Los líderes natos agarraban el mando a distancia para zapear hacia la insondable estupidez de sus propias preferencias. Por fortuna llevaba conmigo una novela. Te sientes como un gilipollas cuando eres el único que lee en la sala de espera del médico, aunque sé llevarlo bien. Un gilipollas y observado. A mi lado había una mujer que con su ropa quería transmitir que tenía más confianza en Alá que en un médico, por educación gemía lo más flojo posible, sufría visiblemente, pero Alá no receta medicamentos, ni opera fístulas. Cuando por fin pudo entrar estaba radiante.

Unos niños jugaban a la escuelita en el suelo, lo cual no facilitaba mi lectura. De la pared colgaba un póster que afirmaba que la obesidad seguía siendo la principal causa de muerte en este país, y me consideré afortunado; no seré tan vulgar como para morirme de algo que mata a las masas. Seguro que la diñaré debido a la segunda causa de muerte.

En la sala había una máquina de café que podíamos utilizar gratuitamente. Y buena falta hacía, ya que llevaba más de dos horas esperando y todavía no había llegado mi turno y, encima, el médico fue llamado para una urgencia y tuvo que abandonar su negocio a toda prisa.

Me atendió tres horas más tarde y me reconoció enseguida. Según él, no había cambiado en absoluto. Él sí. Él había envejecido, pero su consulta sigue oliendo a los cigarrillos que fuma sin pudor alguno.

De pronto entra su hijo de nueve años con la barbilla manchada de chocolate, y le exige a su padre poder irse a la cama una hora más tarde por la noche. El médico me explica:

—Es que hoy he olvidado por completo ir a buscarlo a la escuela y él se ha pasado dos horas esperándome al frío. Hasta que me han llamado de la dirección preguntando si tenía previsto recoger a mi pequeño hoy.

Su teléfono no para, tilín, tilín, quién sabe, podría ser una emergencia, así que él descuelga.

—Le dije que debía acudir al hospital si seguía orinando tanta sangre. Hay que conectarla a una Baxter... Claro que sí, la paciente tiene capacidad intelectual para tomar sus propias decisiones, todavía no padece demencia...

Me cae bien este tipo. En una ocasión miró a los ojos a la futura madre de mi futura y siempre ausente hija sin disimular que la consideraba una mujercita arrogante.

Todavía lo oigo decir: «Debería saber, señora, que he hecho prácticas en África durante cuatro años: allí las mujeres paren sin anestesia en los árboles y al día siguiente se levantan para arar otra vez la tierra».

Esta noche aplacaré mis dolores con vino tinto.

Después me tocará hacerme una radiografía.

Y después, según el médico de cabecera, le llegará el turno al bisturí.